

## José Martí, la Estatua de la Libertad y el equilibrio internacional

Por Rodolfo Sarracino

El 29 de octubre de 1886, en la ciudad de Nueva York, José Martí firmó una de sus crónicas más brillantes e inspiradas, dedicada a la inauguración de la Estatua de la Libertad, a la que asistieron el presidente Grover Cleveland con varios de sus ministros más prestigiosos, y una legión de sus militares y figuras nacionales, acompañados por un millón de personas. “Levántate, oh insecto, que la ciudad es una oda”, dijo Martí en una de sus líneas iniciales, y todo cuanto escribió sobre ese 28 de octubre fue en verdad una poesía de hermosura conmovedora, en la que subyace el dolor y la nostalgia de quien habría de dar su vida por la libertad de su patria. Sus primeras imágenes reflejan ese estado de profunda añoranza por la libertad que se festejaba con toda la pompa posible en la ya enorme urbe neoyorquina: “Terrible es, libertad, hablar de ti para quien no la tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado. Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura que le asienta. Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte”<sup>1</sup>.

¿De dónde brotó la idea de la fastuosa estatua? La iniciativa fue del político y escritor republicano francés Édouard-Rene Lefebvre de Laboulaye<sup>2</sup>, que concibió un obsequio digno de Francia para conmemorar la independencia de los Estados Unidos de Inglaterra, lucha a la que contribuyeron con una generosa cuota de sangre los combatientes franceses. En su residencia de Versalles, Laboulaye se reunió en 1865 con un grupo selecto de amigos, políticos, militares y artistas que compartían su respeto y admiración por los Estados Unidos, aún heridos por la experiencia de la prueba cruenta y definitiva de la Guerra de Secesión. La resurrección de la república federal estadounidense era en sí misma evidencia de la vitalidad de las ideas republicanas. No eran los convocados simples ciudadanos bien intencionados, sino miembros de la elite republicana francesa.

Martí conocía bien los hechos y los ponía en boca de un simple transeúnte de la gran fiesta: “Sí, sí: fue Laboulaye quien inspiró a Bertholdi: en su casa nació la idea: ve, le dijo, y propón a los Estados Unidos construir con nosotros un monumento soberbio en conmemoración de su independencia: sí, la estatua quiere significar la admiración de los franceses prudentes a la práctica pacífica de la libertad americana”<sup>3</sup>.

Tampoco ignoraba Martí los intereses inconfesables que obraban en la iniciativa francesa: “Francia, dice un ingrato, nos ayudó porque su rey era enemigo de Inglaterra. Francia –rumia otro en un rincón– nos regala la estatua de la libertad para que le dejemos acabar en paz el canal de Panamá”<sup>4</sup>. Así aclaraba Martí algunas incómodas realidades que la propia inteligencia no le permitía acallar.

Pero en la reunión convocada por Laboulaye, veinte años antes, también se encontraba presente Frédéric Bartholdi<sup>5</sup>, escultor alsaciano, que daría buena cuenta de sí durante la guerra franco-alemana de 1870-1871<sup>6</sup>. Aparte de republicano y nacionalista, Bartholdi artista era exponente destacado del nuevo estilo *pompier* (en francés: bombero), que preconizaba la monumentalidad como

fuentes de arte y de belleza. No se trataba de simple enormidad física, sino, en su caso, la que se sustentaba en la ciencia de las grandes estructuras construidas mediante la magia de la tecnología más moderna de su época, tales como las extensas redes ferroviarias, los canales de Suez y Panamá y el puente de Brooklyn. Bartholdi introdujo, en fin, la idea de una estatua de gran porte cuya figura no había aún definido. Inicialmente pensó en llamarla *Independencia*, financiada con fondos no gubernamentales, que debía ser inaugurada en 1876, en ocasión del centenario de la independencia de los Estados Unidos.

No obstante la influencia y el entusiasmo del grupo, no compartidos inicialmente por el gobierno y la población franceses, el proyecto no levantaría vuelo sino hasta diez años después, cuando aún Francia pagaba su gigantesca deuda de indemnización a Alemania tras la guerra de 1870-71. Entre 1865 y 1875 ocurrieron hechos de singular importancia que afectaron el proyecto. Bartholdi ya desde 1855 había viajado al Oriente Medio y el Norte de África en una gira en que acompañó al pintor J. L. Jérôme. Quedó anonadado por las gigantes cas pirámides y la esfinge<sup>7</sup> y estudió la leyenda del Coloso de Rodas. Por eso decía Martí que sus ojos “estaban hechos a contemplar los colosos de Egipto”<sup>8</sup>. En una de sus cartas de esa época se percibe la conmoción estética que esas visiones le provocaron: “los colosales y centenarios seres de granito, en su imperturbable majestad [...] cuyas miradas impasibles y benevolentes parecen ignorar el presente y fijarse en el futuro ilimitado”.<sup>9</sup>

En 1867 regresó a Egipto con ideas concretas. En ese año Bartholdi concibió un proyecto cuya figura principal sería una gran estatua femenina. No pensaba, por cierto, en los Estados Unidos, sino en Egipto. Comparados los esbozos de aquella primera concepción y el de la más reciente estatua de la libertad puede afirmarse que parecían gemelas, tan significativo era el parecido. Solo el título sugiere alguna diferencia. Bartholdi llamó aquel esbozo “La Libertad alumbrando el Oriente” (o Asia, según otras fuentes). Debía erigirse a la entrada del Canal de Suez, obra de la ingeniería francesa admirada por Bartholdi, que unía el Mediterráneo al Mar Rojo, con una llama alzada en la mano derecha en dirección a Asia.

Se comprende de inmediato por qué el Virrey de Egipto, Jevive Ismaíl Pacha, rechazara el proyecto. La estatua era en primer término una figura de mujer, inaceptable en la sociedad musulmana como símbolo, cualquiera que fuese la naturaleza de éste. Ferdinand Lesseps<sup>10</sup> tampoco mostró mucho interés en la idea. No impidió que su amigo Bartholdi se reuniera con el político egipcio, pero tampoco se movió para lograr la aquiescencia de su gobierno. Tal vez lo más importante en ese gesto fallido haya sido que los ingleses no se encontraban a gusto con una estatua construida por los franceses, aunque fuera de mujer, que alumbrase los intereses británicos, por aquellos días más colosales que la estatua concebida por Bartholdi.

El escultor se sobrepuso rápidamente a ese fracaso. E hizo su primer viaje a los Estados Unidos en 1871, cuando aún los cañones alemanes bombardeaban a París.

En Francia, las cosas habían cambiado sustancialmente. El microcosmo de pueblos germanos, con su crecido número de pequeños principados, se había transformado en una nación alemana unida y militarmente poderosa, que en sólo varios meses literalmente obliteró al ejército de Napoleón III, dirigido por una

oficialidad incapaz. La Tercera República, surgida de los restos del imperio a partir de la más costosa e ignominiosa derrota en la historia de las armas francesas, nació y vivió desde entonces, hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, bajo la perenne amenaza de nuevas agresiones alemanas.

Y los Estados Unidos también comenzaban a sentir la incómoda presencia alemana en el Pacífico e incluso en el Caribe<sup>11</sup>, bajo una astuta política dirigida por el canciller alemán Otto von Bismarck<sup>12</sup>, enderezada a controlar el espacio y las islas en ese extenso teatro oceánico.

Por eso en 1886, cuando ya era mucho más intenso el enfrentamiento germano-estadounidense, Martí afirma, en medio de su genial oda a la libertad, que la estatua llegaba animada del propósito de lograr en el futuro la devolución de Alsacia y Lorena: “¡Alsacia, a Alsacia! dice toda ella; y a pedir la Alsacia para Francia ha venido esta virgen dolorosa, más que a alumbrar la libertad del mundo”<sup>13</sup>.

Martí comprendió el propósito político tras las melifluas palabras de los representantes franceses en ocasión de la entrega de la estatua. Elizabeth Koed<sup>14</sup> aclara, con singular concisión, que la entrega de la estatua fue “un gesto de amistad y alianza”. El monumento es obra “de la desesperación ocasionada por dos de los más devastadores conflictos de mediados del siglo XIX, la Guerra de Secesión de los Estados Unidos y la guerra franco-prusiana”<sup>15</sup>.

Otros críticos subrayan que la entrega de la estatua fue un notable ejercicio de selección del momento apropiado, cuando gradualmente aumentaban las discrepancias de ambos países con Alemania.

No percibía Martí, en la importante delegación francesa, a hombres alegres, satisfechos de la grandiosidad del gesto y su recepción, sino a rostros severos que sabían exactamente por qué se encontraban en Nueva York y como alcanzar el fin que se proponían. Veía a Bartholdi inmerso en “una vaga tristeza” que “le baña el semblante: un dolor casto le luce en los ojos: anda como en un sueño”.<sup>16</sup> Spuller,<sup>17</sup> en cambio, ex ministro y en ese momento diputado, “trae ahora baja la cabeza, como todos aquellos que se recogen para acometer”<sup>18</sup>.

Se venía a Nueva York a sellar, con el inmenso monumento, una alianza política iniciada en la lucha por la Independencia de los Estados Unidos, cuando la fortuna de la guerra ofreció a Francia la oportunidad de golpear sensiblemente a Inglaterra, su vieja enemiga. No era el obsequio, en verdad, un gesto romántico que evocara la amistad y la identidad de principios entre una gran república y la otra: era el intento de asegurar para el futuro, cuando el común enemigo alemán pretendiera nuevamente la solución militar de sus contradicciones con Francia, el apoyo de los ya poderosos Estados Unidos, con su inagotable potencial natural, industrial y humano, que a partir de la primera mitad del siglo XX, y hasta días recientes, serían decisivos en los conflictos europeos.

¿Qué ofrecía Francia a los Estados Unidos? Ofrecía su apoyo a los intereses estadounidenses en Europa, y la llave del predominio estratégico en el hemisferio: el Canal de Panamá, algunos de cuyos grandes técnicos integraron, en gesto nada casual, la delegación oficial de Francia a la entrega formal de la Estatua de la Libertad, encabezada nada menos que por Lesseps, jefe de las obras del canal. Martí aprovecha para sugerir, bastante temprano por cierto, en palabras que atribuye al venerable francés, la posible transferencia a los Estados Unidos de la

construcción del canal: “¡Hasta luego en Panamá! donde el pabellón de las treinta y ocho estrellas de la América del Norte irá a flotar al lado de las banderas de los estados independientes de la América del Sur, y formará en el Nuevo Mundo para el bien de la humanidad, la alianza pacífica y fecunda de la raza francolatina y de la raza anglosajona”.

Nada podía ser más grato a los oídos norteamericanos, que ese reconocimiento a su poder por uno de los más grandes países europeos, lo que sugería su temprano ascenso al círculo de las grandes potencias y la siempre excitante perspectiva de poder dividir a Europa.

Después de su viaje a los Estados Unidos, Bartholdi rápidamente convirtió su proyecto inicial, con unas pocas modificaciones cosméticas,<sup>19</sup> en un símbolo de la amistad franco-estadounidense. Cuando hizo su entrada en Nueva York, notó una pequeña isla fortificada, la de Bedloe, (hoy Isla de la Libertad) cercana al canal por donde debían navegar todos los barcos que atracaban en el puerto de Nueva York. Le pareció ideal el lugar para erigir su estatua porque aseguraría que fuera vista por centenares de miles de personas que viajaban anualmente desde todos los puntos del planeta a la urbe neoyorquina.<sup>20</sup>

Fue allí donde a la postre se erigió. Bartholdi estaba ahora seguro, después de precisar el entorno en el que la estatua sería levantada, que el monumento no parecería excesivamente grande, excepto para los que se encontrasen cerca de su pedestal. Sería mayor que cualquier estatua antigua o moderna, pero el escultor la concebía en el inmenso cuadro del puerto neoyorquino que debía prácticamente rodearla, en completa armonía con la totalidad del escenario<sup>21</sup>. Una carta de Victor Hugo le recomendaba que cuidase la idea: “Para el escultor la forma es todo y nada; es nada sin el espíritu – es todo con la idea”.<sup>22</sup>

Armado de un crecido número de cartas de presentación proporcionadas por Laboulaye, Bartholdi realizó una extensa gira por los Estados Unidos, en el curso de la cual se entrevistó con grandes figuras políticas e intelectuales, entre los que sobresalen el poeta Henry Wadsworth Longfellow, el presidente Ulysses S. Grant, el teniente general Philip H. Sheridan, el reformador Peter Cooper,<sup>23</sup> John W. Forney, editor de diarios y político, Charles Sumner, coinventor del gramófono, y otros. No logró, sin embargo, convencer a sus interlocutores de que aceptasen el principio de financiar el pedestal, en tanto que el costo de la estatua propiamente dicha sería sufragado con fondos voluntariamente aportados por el pueblo francés.

Sobrevino un período complicado que obligaría a modificaciones sucesivas del proyecto original, en realidad de poca monta, en el que el factor del financiamiento a ambos lados del Atlántico devino cada vez más apremiante. La Union Franco-Americaine, integrada inicialmente por los descendientes de los héroes franceses que lucharon contra Inglaterra en la guerra de independencia de los Estados Unidos, creada desde mucho antes para organizar la recolecta de fondos y coordinar los esfuerzos del pueblo, gradualmente acumuló recursos para iniciar el trabajo más complejo. Las exiguas filas de la unión se vieron reforzadas por los militares y los políticos republicanos que sobresalieron en la defensa de Francia en la Guerra Franco-Alemana, lo que evidencia que la política exterior francesa trascendía meros gestos de amistad. En trazos breves y chispeantes Martí caracteriza a la mayoría de los delegados franceses que viajaron a Nueva York en ocasión de la entrega de la Estatua de la Libertad. Además de Spuller, “el amigo de

Gambetta”, “es Jaurés<sup>24</sup>, valeroso, que sacó con gloria del combate de Mamers los doce mil soldados, mordidos de cerca de los alemanes: es Pelissier<sup>25</sup>, que herido en Nogent-sur-Marne empuja con la mano pálida la rueda de sus cañones: es el teniente Ney<sup>26</sup>, que cuando sus franceses aterrados huían de una trinchera toda en fuego, abrió los brazos y afirmó el pie en tierra, y a empellones, bello el rostro con un resplandor de bronce encendido, echó a los cobardes sobre la boca terrible, y entró por ella: es Laussedat,<sup>27</sup> el coronel canoso que amasó murallas con manos de joven contra las armas prusianas: es Bureaux de Pusy<sup>28</sup>, que no dejó caer entre los enemigos la espada de su bisabuelo Lafayette<sup>29</sup>: Es Deschamps<sup>30</sup>, el alcalde de París, que fue tres veces prisionero por los alemanes, y se escapó tres veces: es el joven marino Villegente<sup>31</sup>, figura viva de un cuadro de Neuville<sup>32</sup>: es Caubert<sup>33</sup>, abogado de espada, que quiso hacer con los abogados y los jueces una legión para sujetar el paso a Prusia: es Bigot<sup>34</sup>, es Meunier<sup>35</sup>, es Desmons<sup>36</sup>, es Hielard<sup>37</sup>, es Giroud<sup>38</sup> que han servido a la patria bravamente con la bolsa o la pluma: es Bartholdi, el creador de la estatua, el que en los ijares de la fortaleza de Belfort<sup>39</sup> clavó su león sublime”. Y con el mayor realismo Martí puntualiza: “Ved a los diputados: todos ellos han sido escogidos entre los que pelearon con mayor bravura en la guerra en que perdió Francia a la Alsacia<sup>40</sup>”.

La composición de esta delegación de hombres notables, menos por las posiciones que ocupaban en la sociedad francesa que por su historial de guerra, marcó un cambio respecto de representaciones francesas anteriores, como la que se enviara por el Centenario de la batalla de Yorktown (1881), en la que predominaron los descendientes, todos ellos de la nobleza francesa, de los oficiales que lucharon en la guerra de independencia de los Estados Unidos: Lafayette, Noaille, De Grasse, Rochambeau y otros. Con el predominio de la República y sus soldados, apareció el dinero para continuar con mayor celeridad el trabajo, y la estatua pieza a pieza fue cobrando vida como por arte de magia., a pesar de los onerosos pagos que Alemania había impuesto a Francia por concepto de compensaciones de guerra.

En 1876 el escultor francés se vio obligado a viajar nuevamente a los Estados Unidos. Había terminado el brazo de la estatua, mostrada al público en la Exposición Universal Centenaria de Filadelfia. Finalmente en 1877 los estadounidenses inauguraron su propia suscripción para la construcción del pedestal.

La situación en los Estados Unidos era, en términos financieros, mucho más grave que en Francia. Aparte de la realidad de que el pueblo se sentía distanciado del proyecto por la pésima calidad de la campaña para la recolecta de fondos, una penosa agravante era que la gigantesca “obra de arte” era reconocida como de pésimo gusto artístico por los críticos, los expertos, los conocedores y los ricachones estadounidenses que con esa justificación se negaban a invertir en ella. Y los ciudadanos más modestos, incluso los pobres, tenían necesidades más apremiantes que cubrir antes que permitirse el lujo de un mecenazgo improvisado. Sea por ignorancia o por miseria, lo cierto es que el dinero no aparecía. En el paroxismo de su desesperación Bartholdi amenazó con llevarse la Estatua de la Libertad de Nueva York para Filadelfia. Gilder<sup>41</sup> aprecia que la historia de la famosa estatua habría sido muy diferente si esta amenaza se hubiese realizado.

Y aquí hizo su entrada uno de los más notables exponentes del periodismo norteamericano, Joseph Pulitzer, padre de la “prensa amarilla”, quien a poco de adquirir su nuevo periódico en 1883, el *New York World*, desató una poderosa campaña periodística que apelaba a la dignidad del pueblo ante la humillación que suponía que no se creasen los fondos para el pedestal de una estatua ya terminada que el pueblo francés obsequiaba al estadounidense en nombre de la libertad, la independencia y la amistad entre ambos pueblos. El acento y el tono de la campaña cambiaron según la reacción de la opinión pública, pero el mensaje penetró gradualmente en la comprensión popular, motivada por la promesa del periódico de que publicaría los nombres completos de todas y cada una de las personas que contribuyesen, independientemente de la modestia de la suma aportada. Y Pulitzer cumplió con lo prometido, con lo que de paso aumentó verticalmente su tirada por los miles de personas que querían ver sus nombres en blanco y negro. La cifra recaudada se incrementó y sobrecumplió en dos años, tiempo relativamente corto si se tiene en cuenta los problemas financieros enfrentados en años anteriores.

El comité de ciudadanos estadounidenses se movilizó para lograr una declaración conjunta del Congreso de los Estados Unidos que autorizaba al presidente a “designar y aportar para la erección consiguiente de la estatua en una locación apropiada en Governor’s Island o Bedloe’s Island y después de su terminación la inaugurará con ceremonias que evidencien la gratitud de nuestro pueblo por este memorial expresivo y feliz de la simpatía de nuestra hermana república, y se le autoriza a crear las regulaciones apropiadas para su mantenimiento como faro, y para su cuidado permanente y preservación como monumento artístico que expresa la buena voluntad permanente de la gran nación que contribuyó al éxito de nuestra lucha por la libertad”. Esta declaración, más retórica que de contenido real, también contribuyó a las recaudaciones.

A su retorno, Bartholdi inició su trabajo a fondo en la estatua en los talleres Gaget-Gauthier de París<sup>42</sup>. La cabeza se realizó con relativa facilidad y rapidez. Más lentos fueron los primeros pasos para el pedestal en los Estados Unidos. En 1884 se colocó su primera piedra en una ceremonia masónica. Y no fue sino al año siguiente que los estadounidenses lograron reunir la cifra, muy superior a los 125,000 dólares originalmente calculados, bajo la supervisión del arquitecto estadounidense Richard M. Hunt, formado profesionalmente en Francia.

Por aquellos días las aún tolerables fricciones en el Pacífico e incluso en el Caribe escalaron en 1884 a incidentes diplomáticos graves entre el nuevo y agresivo imperio alemán y la nueva república imperial de los Estados Unidos, por la inconveniente y agresiva política de inmigración estadounidense, que hacía de la atracción de la juventud alemana su principal objetivo, y después por la lucha en ocasiones violenta por las islas del gran océano, cuyo seguimiento periodístico realizaba Martí casi religiosamente.<sup>43</sup>

Entre 1880 y 1884 los franceses acumularon los fondos necesarios para terminar la estatua. En ese período se armó y montó el cuerpo del monumento. Después se desmontó pieza a pieza y se repartió en las más de trescientas cajas en las que el vapor *Idseve*, aportado por el gobierno francés, lo transportó en 1885 a Nueva York, hasta su inauguración en 1886.

Por aquellos días algunos críticos insistieron en poner en duda el valor artístico de la estatua: entendían que la estructura es más una obra arquitectónica que una escultura. Era cierto que Bartholdi era arquitecto con conocimientos de ingeniería y ello le ayudó en la realización de su obra, que realizó con placas de cobre de un metro cuadrado, repujadas y martilladas, a veces calentadas, en las porciones de mayor complejidad, a partir de cuatro modelos sucesivos de la estatua gradualmente mayores y líneas progresivamente más sencillas. Bartholdi comenzó con un modelo de 1.26 metros de largo y pasó entonces a otro modelo más completo de 2.85 metros, hasta el tercer y último modelo de 11 metros, poco menos de una cuarta parte de la altura en que la estatua estaba concebida, en el que realizó las últimas modificaciones.

Las placas, de 2.5 centímetros de grosor, se remacharon sobre una estructura concebida inicialmente por Eugène Violet-le-Duc<sup>44</sup> a partir de soluciones puestas en práctica desde el siglo XVII en la estatua monumental de San Carlos de Borromeo<sup>45</sup> en Arona, Italia. Al fallecer Violet-le-Duc en 1879, Bartholdi se dirigió a Alexandre Gustave Eiffel y el ingeniero aportó otra solución en carpintería metálica, cuyos cálculos los efectuó Maurice Koechlin, el mismo que más tarde le ayudó a realizar la famosa torre en París.

Para concluirse se requirieron, en suma, ciento veinte toneladas de hierro, ochenta toneladas de cobre y trescientos mil remaches. La estatua mide cuarenta y ocho metros de altura sin su pedestal, que a su vez mide veinticinco metros de alto. La cabeza<sup>46</sup> alcanza unos cinco metros y la nariz más de un metro. La imagen es la de una mujer coronada, que esgrime una antorcha en su mano derecha y sostiene en la izquierda una tabla con el número 1776, año de la independencia de los Estados Unidos. Se la consideraba un símbolo de la libertad de los pueblos y de la “nueva democracia” que debía extenderse por el mundo. Emblema de la luz y del saber de los hombres, la antorcha justifica el título de la estatua: “La Libertad alumbrando al mundo”. Es evidente que se trata de lugares comunes repetidos una y otra vez durante siglos. Martí liquida en breves trazos cualquier pretensión de originalidad en la obra y subraya mas bien la continuidad de tradiciones seculares: “De Moisés tiene las tablas de la ley; de la Minerva el brazo levantado; del Apolo la llama de la antorcha: de la Esfinge el misterio de la faz: del cristianismo la diadema aérea”<sup>47</sup>.

La historia posterior de la Estatua de la Libertad no cesa con la repetición de los principios originales que decía representar. En pocos años la obra de Bartholdi se convirtió en «madre de los emigrados y exilados», que al llegar por decenas de miles al puerto de Nueva York vislumbraban, de noche o de día, aparte del perfil brumoso e incierto de la ciudad, el imponente contorno de la famosa estatua, convertida desde principios del siglo XX en imagen edulcorada de una política migratoria cuyo objetivo verdadero en el presente es privar a la humanidad desposeída de sus mejores talentos. En la primera mitad del siglo XIX cinco millones de europeos, en su gran mayoría irlandeses, alemanes e italianos, emigraron a los Estados Unidos, estimulados por las generosas condiciones que les fueron ofrecidas. En 1881 las cifras de emigrantes alcanzaron las 669,000 personas. Al año siguiente el número ascendió a 788,000 y en 1905 el promedio anual superaba el millón de personas provenientes del sur de Europa, ya en ese período en su mayor parte italianos, judíos o personas de origen eslavo.

A esa transformación contribuyó un sencillo soneto, *El nuevo Coloso*, escrito en 1883 por Emma Lazarus, una judía sefardita nacida en Nueva York, de familia adinerada, atormentada por los crímenes contra los judíos en la Rusia zarista. Sus líneas apasionadas<sup>48</sup> fueron perpetuadas en 1903 al inscribirseles en una pequeña placa de bronce y colocárseles, por gestión de la filántropa Georgina Schuyler, millonaria hebrea, en el pedestal de la estatua. Desde entonces, millones de personas que visitaron el museo pudieron leer el soneto y los niños estudiarlo como asignatura escolar, hasta convertir la estatua en un mito que aún persiste, muy diferente al original que Bartholdi imaginara.

Pero en aquel brumoso atardecer del 28 de octubre de 1886 Martí no tuvo ojos más que para aquella visión fulgida, “hecha, más que de bronce, de todo lo que del alma humana es oda y sol” – la ansiada libertad del pueblo cubano. Por eso no escatimó palabras en ese día, confundándose en el abrazo con Víctor Hugo, gran amante de la audaz escultura, para expresar su esperanza, pensando tal vez en su patria y en otros pueblos latinoamericanos oprimidos: “Tu sombra, oh libertad, convence: y los que te odian o se sirven de ti se postran al mando de tu brazo”.<sup>49</sup>

Fue ese, para Martí, el efecto más evidente de la gigantesca obra. Había otro, menos visible, pero igualmente objetivo: el que tiene que ver con los intereses de la revolución que los cubanos preparaban. Desde esa temprana fecha estaba claro que Francia haría de su alianza con los Estados Unidos un principio invariable de su política exterior hasta la Primera Guerra Mundial, y aún después, y no estaría al lado de los estados europeos prontos a oponerse al expansionismo estadounidense en el Caribe hispanoamericano y a apoyar el proceso de liberación en el Caribe hispanoamericano. El máximo a lo que los patriotas cubanos podrían aspirar era lograr que la gran potencia gala no interviniese en la lucha por la independencia que se gestaba. Sueños de libertad aparte, Martí se mantendría siempre en contacto con las realidades cambiantes del equilibrio internacional. Ello no le impidió tener siempre a la vista en su escritorio, desde entonces, una miniatura de la estatua.

Un efecto ulterior en el orden personal tuvo esta crónica para Martí: el reconocimiento nada menos que de Domingo F. Sarmiento, que de Cuba la literatura hispanoamericana había ganado una gran figura, al afirmar que “tuvo la inauguración de la estatua [...] por historiógrafo a Martí, un cubano [...] y Ud. verá que sus emociones son las del que asoma a la caverna de los cíclopes, u oye la algazara de los titanes o ve rebullirse el mundo futuro (...) Siendo Martí cubano, póngase “elocuencia hispano-americana”. Y bien, todas las grandezas que Martí, nuestro representante de la lengua castellana ha sentido, acogido y descripto van á quedar en Buenos Aires, y pasar como ráfaga perfumada de una hora (...) Y aquí viene el objeto de esta carta y es pedirle que traduzca al francés el artículo de Martí, para que el teléfono de las letras lo lleve a Europa, y haga conocer esta elocuencia sud-americana áspera, capitosa, relampagueadora, que se cierne en las alturas sobre nuestras cabezas (...) En español nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Victor Hugo nada presenta la Francia de esta resonancia de metal (...) Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrocones con que habría descripto el caos”.<sup>50</sup>

- 
- <sup>1</sup> José Martí, “Fiestas de la Estatua de la Libertad”, *La Nación*, Nueva York, octubre 29 de 1886, en OC, T. 11, p. 100.
- <sup>2</sup> Edouard Rene de Laboulaye. (1811-1883). Político y escritor francés., principal animador de la idea de crear la Estatua de la Libertad para ser entregada al pueblo estadounidense como un gran símbolo de la amistad eterna entre los pueblos de Francia y de los Estados Unidos. Como prueba de esa amistad y de la comunidad de emociones y afinidades políticas de los dos pueblos, Laboulaye indicó que el pueblo de los Estados Unidos honraba los recuerdos de las glorias comunes y amaba a Lafayette y a sus voluntarios como a sus propios héroes. Dijo en la primera reunión que sostuviera en su propia casa a mediados de 1865, que esa herencia común era de mucha más importancia en los Estados Unidos que las acciones políticas del gobierno francés, según se informara en Harper’s Weekly del 15 de diciembre de 1886. Esta idea inicial fue acordada con un grupo de importantes personalidades francesas en dicha reunión. A fin de proceder a dar cumplimiento al acuerdo, Laboulaye organizó la *Union franco-americaine*, cuya solicitud inicial de fondos fue suscrita por los descendientes de Noailles, Rochambeau y Lafayette .
- <sup>3</sup> *Ibidem*, p.103.
- <sup>4</sup> *Ibidem*.
- <sup>5</sup> Frederic-Auguste Bartholdi. (1804-1904). Escultor monumentalista francés. Estudió arquitectura en Alsacia y París y posteriormente pintura con Ary Scheffer y escultura con J. F. Soitoux. En 1855 realizó una gira por el norte de África y Oriente Medio en compañía del pintor francés J. L. Gérôme. En una reunión en la residencia del político francés Edouard Rene Laboulaye, con un grupo de personalidades y artistas franceses, concibieron la idea de desarrollar un proyecto de escultura monumental para ser obsequiada por suscripción popular al pueblo estadounidense, como sello simbólico de una alianza política entre las dos repúblicas que se inició con la decisiva ayuda francesa al pueblo estadounidense en su lucha por la independencia contra Inglaterra y que se selló con la victoria de Yorktown, en 1781. Comenzó su labor en 1870, que interrumpió en el propio año para combatir la invasión alemana de Francia. Aún más motivado, Bartholdi reinició sus labores después de la guerra. Con fondos colectados entre los pueblos de Francia y los Estados Unidos, pudo ver su gigantesca estatua, que tituló “La Libertad Alumbrando al Mundo”, inaugurada el 28 de octubre de 1886. Esa es su obra más conocida. Pero la más importante y artísticamente válida tal vez sea el “León de Belfort”, obra monumental concluida en 1880. Fue esculpida directamente de la roca en las laderas de una elevación que se encuentra en el centro de la ciudad, que conmemora su obstinada defensa al asedio alemán durante ciento tres días. De toda la región alsaciana, fue la única ciudad que los alemanes dejaron en poder de Francia después de la guerra.
- <sup>6</sup> Bartholdi combatió en las filas de la *Garde Nationale* y fue miembro del estado mayor de las fuerzas que el patriota italiano Garibaldi comandara en los bosques *Vosgos*.

- 
- <sup>7</sup> Gran Esfinge de Giza. Data del año 2500 a.C. y fue construida en Egipto. Mide unos veinte metros de altura y alrededor de setenta y tres de largo. Fue una de las piezas que Bartholdi estudió, por su tamaño colosal, para construir la Estatua de la Libertad.
- <sup>8</sup> José Martí, *Ibidem*, p. 106.
- <sup>9</sup> Rodman Gilder, *Statue of Liberty Enlightening the World*, The New York Trust Co., New York, 1943.
- <sup>10</sup> Ferdinand Marie Vizconde de Lesseps (1805-1894). Diplomático e ingeniero francés, nacido en Versalles. Ingresó en el servicio consular en 1825 y ocupó varios cargos diplomáticos. Mientras trabajaba como vicecónsul en Egipto (1832-1837) concibió e inició un proyecto para la construcción de un canal en el Istmo de Suez. Las obras comenzaron el 25 de abril de 1859 y el canal se inauguró el 17 de noviembre de 1869. Por su éxito en esa obra recibió numerosos honores. El éxito le valió la designación a la presidencia de la compañía que laboró en la construcción del Canal de Panamá de 1881 a 1888. El proyecto fue abandonado al quebrar la compañía a cargo de la obra, y descubrirse irregularidades administrativas, por las cuales Lesseps fue juzgado y condenado, pero nunca castigado.
- <sup>11</sup> Martin Franzbach, investigador alemán, ha hallado documentos en el Ministerio de Relaciones Exteriores de Bonn que indican que Bismarck tenía planes para Cuba, entre ellos el establecimiento en su territorio de una base naval y la promoción de una política de emigración hacia la isla. Ninguno de esos planes se materializó.
- <sup>12</sup> Otto Eduard von Bismarck-Schönhausen (1815-1898). Político prusiano, creador y primer Canciller del Segundo Imperio Alemán (1871-1890). Su principal realización fue la unificación de los estados alemanes en un solo imperio, lo que logró, según previera, no con resoluciones parlamentarias o negociaciones, sino a base de “sangre y hierro”, afirmación que le ganara el sobrenombre de “El Canciller de Hierro”. En 1864 anexó las provincias de Schleswig y Holstein, entonces bajo control de Dinamarca. En 1866 derrotó a Austria y se anexó a Hannover. En 1870 provocó la guerra con Francia y la derrotó, privándola de Alsace-Lorraine. En 1871, en territorio francés ocupado, declaró el Segundo Imperio Alemán, con Guillermo como Rey y él, Bismarck, como Primer Ministro. Fue cauto y astuto en política exterior y en política interna estableció el seguro social, médico, y de accidente de trabajo, además de programas para la jubilación.
- <sup>13</sup> José Martí, *loc. cit.* p. 106. Hemos visto que Bartholdi era alsaciano y Alsacia había quedado bajo dominación alemana después de la guerra, con excepción de la ciudad de Belfort y sus alrededores, cuyos pobladores lucharon durante 103 días contra el asedio alemán.
- <sup>14</sup> Elizabeth Koed, “A symbol transformed –the Statue of Liberty”, *The Social Contract*, Spring, 1993
- <sup>15</sup> Christian Blanchet y Bertrand Dard: *Statue of Liberty. The first hundred years*, New York, 1987.
- <sup>16</sup> *Ibidem*, p. 109.

---

<sup>17</sup> Eugene Spuller (1835-1896). Político y escritor francés de padre alemán y madre francesa. Después de graduarse de Derecho en Dijon, se estableció en París, donde fue admitido en la profesión. Allí se relacionó estrechamente con Gambetta, con quien colaboró en 1868 en la publicación *Revue Politique*. Ya desde entonces se había definido como republicano. Durante el sitio de París escapó en globo de la ciudad con Gambetta, convirtiéndose en la mano derecha de ese dirigente en las provincias, cuando éste conducía la defensa militar contra Alemania. Después de la paz, editó el órgano parisino de su jefe, *La République Française*, hasta que en 1876 ingresó en la Cámara de los Diputados por el Departamento del Sena. Fue ministro de relaciones exteriores durante de la administración de Gambetta y subsiguientemente vicepresidente de la cámara. En el gabinete de Rouvier de 1887, fue ministro de educación, religión y de las artes, y bajo Tirad (1889-1890), ministro de relaciones exteriores. En el gabinete de Casimir-Périer fue ministro de educación. Publicó algunos volúmenes con sus discursos y biografías de Ignacio Loyola (1876) y Michelet (1876). El 28 de octubre de 1886, como diputado de la asamblea francesa, integró la delegación que entregó la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense

.....  
<sup>18</sup> José Martí, loc. cit. p. 109.

<sup>19</sup> La faz ligeramente negroide de la versión “africana” fue modificada hasta representar una bella cara de rasgos clásicos, para la que sirvió de modelo la propia madre de Bartholdi.

<sup>20</sup> Antes de 1664, cuando la ciudad era aún Nuevo Amsterdam, la isla era propiedad de un tal Isaack Bedloo, oriundo de Calais, Francia. Sus nombres posteriores incluyeron Love Island, en honor al gobernador Lovelace, Oyster, Kennedy e Isla de la Libertad. En ella se había construido una fortaleza en forma de estrella nombrada Fort Wood, en honor al Coronel Eleazer D. L. Wood, héroe de la Guerra de 1812. Había sido construida sobre los viejos cimientos de fortalezas anteriores cuyo objetivo invariable había sido el control del canal principal al puerto. Es ya tradición que cuando el vapor en que viajaba Bartholdi entró a Nueva York, éste se fijó en la isla y decidió desde ese momento que esa sería el lugar donde se erigiría su estatua. Concibió el pedestal y la estatua elevándose desde el centro de la fortaleza.

<sup>21</sup> Estas palabras se encuentran en una carta de Bartholdi a un amigo, citadas por Rodman Gilder: *The Statue of Liberty Enlightening the World*, imprenta de The New York Trust Co., New York, 1943.

<sup>22</sup> Carta de Victor Hugo a Gustave Bartholdi sin fecha, en Rodman Gilder, ob. cit.

<sup>23</sup> Peter Cooper (1791-1883). Empresario, inventor, reformador y filántropo norteamericano, nacido en la ciudad de Nueva York. En 1821 compró una fábrica de cola, que bajo la administración de Cooper resultó altamente exitosa. Con abundante capital disponible, invirtió en la fundición de hierro en Baltimore y en las minas de mineral de hierro en New Jersey y Pennsylvania. En 1830 diseñó la

---

primera locomotora a vapor. Su ayuda financiera a Cyrus W. Field aseguró la instalación del primer cable trasatlántico. En 1859 fue cofundador de la *Cooper Union for the advancement of science and Art*, que contribuyó al establecimiento de una universidad gratuita. En 1876 el *Greenback Party* lo eligió candidato a la presidencia de los Estados Unidos, pero fue derrotado por Rutherford Birchard-Hayes.

<sup>24</sup> Constante Levis Jean Benjamín Jaurés. Oficial naval francés, capitán de navío que durante la guerra franco-prusiana de 1870-71, una de las peores catástrofes en la historia de Francia, fue transferido a las filas del ejército con el grado de general, distinguiéndose en las batallas defensivas contra Prusia y sus aliados alemanes, incluso durante el sitio de París, a pesar de ser partidario de la monarquía. En su notable hoja de servicios se afirma que se destacó en los combates en Mans, Marchenoir y Sillé-le Guillaume. En 1878 fue devuelto a la marina de guerra con grado de contralmirante y nombrado Senador inamovible y posteriormente Embajador en España y Rusia. De 1883 a 1884 fue Comandante en Jefe de la Escuadra de Evolución. El 28 de octubre de 1886, con el grado de contralmirante, integraba la delegación francesa como delegado del Senado francés en las ceremonias de la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense, el 28 de octubre de 1886. En 1889 se le designó ministro de la marina, poco antes de su muerte.

<sup>25</sup> Philippe Javier Pelissier (1812-?). Militar francés. Combatió en la campaña de Crimea (1854). Se destacó en la Guerra Franco-prusiana (1870-1871). Fue herido en Nogent le Rotrou (no en Nogent- Sur -Marne) y subsiguientemente ascendido a general. Al firmarse la paz se licenció del ejército y en 1876 fue electo senador por el Haute Marne. Como general de la reserva y senador, participó, como delegado del Senado, en las ceremonias de la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense, el 28 de octubre de 1886.

<sup>26</sup> Napoleón Joseph Paul Ney (1849-1900). Militar francés, héroe de la guerra franco prusiana. En 1870-1871 era teniente y se distinguió en los combates durante el sitio de París. Después fue trasladado a Argelia. En 1878 fue ascendido a capitán. Se le confiaron misiones en el Oriente, España y Portugal. Volvió a África en 1883 y en ese año se licenció del ejército. Fue miembro de la delegación francesa que participó en las ceremonias por la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense, en Nueva York, el 28 de octubre de 1886. En ese momento era Presidente de la Société de Géographie Commerciale. Obras: *Manuel du Volontariat d'un an* (1874), *Histoire de la Carte de l'Etat Major* (1877), *En Asie Centrale a la Vapeur* (1888), *Les Societe's Secretes Musulmanes* (1890) y *Tiflis*.

<sup>27</sup> Aimé Laussedat (1819-1907). Militar francés, Coronel de Ingeniería, héroe de la guerra franco-alemana, inicialmente especializado en el trazado de mapas militares y posteriormente devenido fotógrafo precursor de la fotografía aérea. Desarrolló la técnica de lo que llamó *fotometría*. Estuvo presente como miembro de la delegación francesa a las ceremonias por la entrega de la estatua de la Libertad al pueblo norteamericano, el 28 de octubre de 1886. Pronunció un discurso en el

---

banquete que se ofreció a la delegación francesa el 10 de noviembre de 1886. En ese momento era director de la Escuela de Artes y Oficios de París.

<sup>28</sup> Coronel Vizconde de Bureaux de Pussy. Militar francés que procede de una antiquísima familia noble de la región de Pusy, según la prensa estadounidense nieto del General Lafayette. Se destacó en las operaciones de la Guerra Franco-prusiana de 1870-1871. Asistió a los festejos de la inauguración de la Estatua de la Libertad en Nueva York en 1886 como delegado del Ministro de la Guerra de Francia. Era en ese momento Segundo Comandante de la Escuela Politécnica de Francia. Fue también delegado de Francia a la conmemoración del centenario de la batalla de Yorktown, en 1881, que selló el fin de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos.

<sup>29</sup> Joseph Paul Marie Ives Roch Gilbert du Metier Marquis de Lafayette (1757-1834). Militar y político francés que luchó del lado de los revolucionarios estadounidenses durante la guerra de independencia, y más tarde participó activamente en la Revolución Francesa. Nació en el seno de una familia noble. Se educó en la Escuela de Louis-le-Grand de París. De 1771 a 1776 prestó servicios en el ejército francés, período en el que llegó al grado de capitán. Al declarar las trece colonias su independencia de Inglaterra, Lafayette viajó a América y ofreció sus servicios al Congreso Continental, que los aceptó y le otorgó el grado de Mayor General del Ejército Continental. Lafayette estableció estrechas relaciones con el General George Washington, quien lo incorporó a su estado mayor. Combatió y fue herido en la batalla de Brandywine, lo cual le valió el ascenso a comandante de división. Combatió también en la batalla de Monmouth. En 1778 Francia y los Estados Unidos establecieron una alianza, que inmediatamente declaró la guerra a Francia. En los seis meses subsiguientes, Lafayette viajó a Francia, donde logró la concesión de ayuda financiera y militar. En 1780 regresó a los Estados Unidos y prestó servicios relevantes en la campaña de Virginia, que concluyó con la rendición del general Lord Charles Cornwallis en Yorktown, en 1781 y la independencia de los Estados Unidos.

<sup>30</sup> M Deschamps. Político francés de actuación sobresaliente en la defensa de su país durante la Guerra Franco-Alemana. Fue miembro de la delegación francesa a la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense, el 28 de octubre de 1886. Era en ese momento, no alcalde, sino Vicepresidente del Consejo Municipal de París.

<sup>31</sup> M. Villegente. Oficial de la Marina de Guerra de Francia, que se destacó en la defensa de su país durante la Guerra Franco-Alemana de 1870-1871. Como Ayuda de Campo del Ministro de la Marina, con el grado de Teniente de Navío, fue miembro de la delegación francesa a las ceremonias por la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense, en Nueva York, 28 de octubre de 1886.

<sup>32</sup> Alphonse Marie de Neuville. (1836-1885). Pintor francés de temas militares, émulo y colaborador de Detaille. Comenzó a estudiar pintura en 1856, después de haberse graduado en el Colegio Naval de Lorient. Fruto de su labor es el cuadro *El Quinto*

---

*Batallón de Cazadores de la batería de Gervais*. En el Salór de 1861 exhibió su obra *Los guardias de la caballería ligera en las trincheras de Mamelan antes de Le Bourget* (1872), *Sorpresa antes del amanecer* (1878), *Le combat du Bourget, les dernières cartouches*. En 1881 fue condecorado como oficial de la Legión de Honor de Francia.

<sup>33</sup> M. Caubert. Miembro de la Union Franco-Americaine y de la delegación francesa a la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo de los Estados Unidos, en Nueva York, 28 de octubre de 1886.

<sup>34</sup> Charles Bigot (1840-1893). Periodista francés, activo en la defensa de su país durante la Guerra Franco-Alemana de 1870-1871. Fue delegado de la prensa francesa a la ceremonia de la entrega de la Estatua de la Libertad, el 28 de octubre de 1886. Fruto de esa visita es su obra *Journal de Voyage d'une Delegation* (A. Dupret, París, 1887). También es autor de *Gloires et Souvenirs Militaires*, Librairie Hachette, París, 1912 y otras.

<sup>35</sup> Leon Meunier. Político francés. Destacado por Martí por su comportamiento digno durante la Guerra Franco Alemana de 1870-1871. Fue delegado de la Union Franco-Americaine a las ceremonias por la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense, el 28 de octubre de 1886.

<sup>36</sup> Frédéric Desmons (1832-1910). Político francés nacido en el seno de una familia protestante. Estudió Teología en Ginebra (1853) y posteriormente en Estrasburgo. Alcanzó su grado de doctor en 1856. Fue presidente de la Iglesia Reformada y llegó a ser miembro del Gran Consejo Francmasónico de Francia. Se proyectó muy activamente en el ámbito político, destacándose en las filas de la llamada "extrema izquierda". Resultó electo diputado en varias ocasiones. El 28 de octubre de 1886, como diputado, se encontraba en Nueva York integrando la delegación francesa que participó en la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense. En 1894 se eligió senador y en 1898 llegó a la vicepresidencia de la Asamblea. En 1901 se le nombró miembro del Consejo Superior de Administración Penitenciaria en el Ministerio del Interior de Francia. Obras: *Essai historique sur le mormonisme* (1856) y *Reponse a la lettre de l'évêque de Nimes aux prttestants du Gard* (1859).

<sup>37</sup> M. Hielard. Empresario francés, que asumió una actitud digna durante la guerra franco-alemana de 1870-1871. Fue delegado por la Cámara de Comercio de París a las ceremonias de la entrega de la Estatua de la Libertad, en Nueva York, el 28 de octubre de 1886.

<sup>38</sup> M. Giroud. Político francés, de actuación digna en la defensa de su país durante la Guerra Franco-Alemana de 1870-1871. Fue delegado del Ministro de Comercio de Francia a las ceremonias de la entrega de la Estatua de la Libertad al pueblo estadounidense, el 28 de octubre de 1886. En ese momento era Diputado de la Asamblea Francesa.

<sup>39</sup> Durante 103 días la pequeña ciudad de Belfort y su fortaleza en Alsacia resistieron el asedio de tropas alemanas durante la guerra franco-prusiana de 1870-71. En homenaje a su resistencia, el escultor francés, Auguste Bartholdi, autor de la Estatua de la Libertad, esculpió un monumental león rugiente en las propias laderas de granito de una altura cercana al centro de la ciudad,

---

considerada su obra maestra, que Martí evoca en sus crónicas. A la postre, los alemanes se apoderaron de toda Alsacia, pero devolvieron la ciudad de Belfort a los franceses.

<sup>40</sup> José Martí, loc. cit. p. 106.

<sup>41</sup> Véase Elizabeth Koed, op. Cit. P. 7.

<sup>42</sup> Gaget, Gauthier & Cie., 25 Rue de Chazelles, Paris.

<sup>43</sup> En una crónica de 1884, hallada recientemente y no incluida en las *Obras Completas*, Martí analiza el problema al que Alemania se enfrentaba frente los Estados Unidos desde 1880: un promedio de cien mil jóvenes alemanes viajaba anualmente a los Estados Unidos atraídos por la política alemana que ofrecía estímulos y ventajas a la juventud alemana para que emigrara a los Estados Unidos. Bismarck, que necesitaba esos hombres para la propia política expansiva del imperio alemán, apeló a su enorme arsenal diplomático y promovió un incidente diplomático que creó tensión entre ambos gobiernos con el resultado inmediato de la disminución de las corrientes migratorias germanas a los Estados Unidos.

<sup>44</sup> Eugène Emmanuel Violet-le-Duc (1814-1897), arquitecto e historiador francés. Realizó un estudio especial de la arquitectura en Italia y Francia. Llegó a ser profesor de la École des Beaux Arts en 1863. Su obra maestra es el *Diccionario de la Arquitectura Francesa del Siglo 11 al 16*. También publicó sus *Discursos sobre Arquitectura (1858-1872)* y su *Memoria de la Defensa de Paris (1872)*. Como arquitecto se le recuerda por la reconstrucción de las torres de Saint Ouem y la Catedral de Carcasonne. Murió sin poder concluir su proyecto de estructura para la Estatua de la Libertad.

<sup>45</sup> San Carlo Borromeo. Iglesia enclavada cerca del Lago Mayor en Arona, Italia, de donde procede Carlo Borromeo, prelado y reformador católico italiano, en cuyo interior se encuentra la figura del santo, mencionado por Martí en su crónica. Su estatua, realizada por G. B. Crespi en 1696, tiene 75.5 pies de alto y fue erigida en dicha iglesia recubierta de cobre, plata y piedras preciosas sobre mampostería.

<sup>46</sup> En su cabeza caben cuarenta personas.

<sup>47</sup> José Martí, loc. cit. p. 110.

<sup>48</sup> Su soneto demanda a todos los países a que diesen a los Estados Unidos “todos los cansados, los pobres. Las masas que desean respirar libremente”, por los cuales la estatua “levanta su antorcha ante las puertas de oro”.

<sup>49</sup> Ibidem, p. 108.

<sup>50</sup> Carta de Domingo Sarmiento a Pablo Groussac, de la redacción de “La Nación”, 4 de enero de 1887. *Obras completas de Domingo Sarmiento*, Buenos Aires, 1900, t. XLVI, p. 174.